RENACER VERSIÓN 2 (Editada)

Alejandra Campo

Capítulo 1

RENACER

Ella caminaba por el bosque lejos de toda civilización regocijándose en el tono de los colores, los olores, el viento; todo aquello que podía percibir con sus sentidos. La nieve que decoraba el suelo era totalmente blanca; sin un sólo trazo de otro color, asemejando el magnífico pelaje de un oso polar brillando bajo el sol de mediodía, dando una impresión de pureza y tranquilidad. El viento que soplaba era fuerte y refrescaba sus mejillas, mientras se adentraba más y más entre los árboles, entre la nieve y los recuerdos de su niñez que aparecían ante ella como flashes de cámara, siendo momentos efímeros.

De repente, todo el entorno empezó a cambiar. Los arboles se convirtieron en paredes de roca maciza; el cielo que había estado despejado con el sol brillando un segundo atrás, se encontraba ahora colmado de afiladas estalactitas que colgaban sobre su cabeza, la nieve que había empapado sus botas, tomó un color más oscuro, como si perdiera su pureza para consumirse rápidamente y dejar tan sólo una fina capa de humedad como prueba de su paso por el mundo; todo debido a que el bosque entero se había transformado en una helada caverna desolada.

«« Esto es Katabothra(1)»»

Una extraña palabra que parecía estar escrita en otro idioma, acudió a su mente.

De forma simultánea, aquellos recuerdos felices se opacaron con una cruel realidad. Recordó repentinamente que la soledad que había en su vida la envolvía dentro de un firme y asfixiante capullo. Su existencia había cambiado tanto durante el último año, que parecía casi imposible e improbable que la parte feliz de su vida hubiese alguna vez existido, sin embargo, en ese momento, en ese preciso instante, a pesar de que todo estaba cambiando, creía que podía esa ser su realidad; libre, sana, capaz de realizar todo aquello que había planeado en su vida.

Avanzó entonces a través de la caverna, que a medida que avanzaba se oscurecía, sintiendo que los picos sobre ella goteaban constantemente agua, y cada paso que daba, creaba un eco aterrador dando la impresión de que no estaba sola; sino que había criaturas deslizándose por los bordes de la caverna acechándola. Unos metros más allá, se encontró con

un valle de suelo rojo óxido e inclinado que finalizaba en un central y gran agujero negro; pero eso no era todo, por todo aquel campo lóbrego, había incontables filas indias con personas desnudas formándolas, caminando; al parecer, sin libre albedrío y luciendo semejantes mientras lo hacían.

««Esta es la igualdad de los seres humanos en la muerte»»

Andaban por el mismo rumbo hasta que llegaban al fin del camino dejándose caer por la oscuridad infinita del centro, mientras un céfiro que lograba erizar los vellos de sus brazos, corría por todo el lugar.

««Al morir nada puede diferenciarnos, no lo olvides»»

Cuando pensó que nada podría empeorar, algo sucedió. De pie en el borde del aquel valle sombrío, un cambio en su propio interior le anunció que algo andaba mal; entonces, lo que más temía, sucedió: sangre espesa de color carmesí corrió de manera intensa desde una herida en su pecho que parecía haberse abierto repentinamente, mientras lo único que se oía en la oscuridad de la noche era el crujir de las suelas de sus zapatos sobre las ásperas piedras que estaban debajo. En un momento dado, cuando la oscuridad empezó a penetrar a raudales por los bordes de su visión, tropezó; causando que su cuerpo girara sin control tomando fuerza a medida que descendía por todo el terreno hasta que ella misma cayó por aquel sitio que parecía llevar a un mundo totalmente oscuro.

Su cuerpo golpeó con fuerza el suelo cuando el viaje de aquella caída que pareció eterna, se terminó. Con dificultad encontró sus movimientos y logró, tambaleándose, ponerse en pie; mientras levantando la mirada, no reconoció el lugar perdido donde se hallaba, pero inmediatamente encontró frente a su rostro abrumado el espeluznante e imponente marco del infierno y todo tomó sentido. El por qué el mundo se había vuelto inhóspito, frío, por qué esas personas caminaban hacía la oscuridad; se había resbalado y luego de una desesperada caída, llegado hasta ahí como un ángel expulsado del cielo, cuando al ser arrancadas sus alas llega a la tierra, lo supo con certeza cuando allí, en la cima del marco, las letras de la legendaria inscripción, brillaban con luz propia como estrellas.

"2Por mí se va a la ciudad doliente.

Por mí se va al eterno sufrimiento,

Por mí se va a la gente condenada,

La justicia movió a mi alto arquitecto.

Hízome la divina potestad.

El saber sumo y el amor primero.

Antes de mí no fue otra cosa creada.

Sino lo eterno y duro eternamente.

Dejad los que aquí entráis toda esperanza”

Realmente se encontraba en el inframundo. En el reino temido de Hades.

Dando desatinados traspiés, empezó a caminar de nuevo. Un escalofrío permanente recorría su espalda dándole la sensación de tener un trozo de hielo incrustado bajo su piel; ya que después de leer el macabro mensaje, deseó con cada parte de sí misma, no estar allí.

Sin embargo, era demasiado tarde.

Había tenido una gran caída como si se tratase de un alma perversa y cruel condenada a desplomarse hasta alcanzar las profundidades del averno.

««¿Acaso en las puertas del cielo, el custodio de éstas, decidió mi castigo?»»

Un palpitante pánico arraigado en su corazón se intensificó cuando las protestas y las blasfemias de las almas condenadas del tártaro empezaron a llenar sus oídos como un fuerte y claro coro de sirenas abrumando sus cinco sentidos.

Un coro unánime que la invitaba a unirse a ellas en el sufrimiento eterno.

Sin pedir permiso; en un impulso desesperado por sobrevivir, por alejarse de esa irresistible voz melodiosa, sus pies se precipitaron por el grisáceo y áspero suelo buscando incesantemente llegar lo más lejos posible de aquel inhóspito sitio ausente de luz, pero fue inútil.

Tan solo unos cuantos metros después cayó sobre sus palmas y rodillas una vez más, perdiendo de golpe la respiración cuando un dolor intenso en sus sienes detuvo su carrera atravesando de lado a lado su cabeza, permitiendo que su débil mente cayera irremediablemente presa de una ilusión que tomó forma de torbellino.

Un vórtice de recuerdos sin algún orden aparente, comenzó a girar en torno a ella vertiginosamente, convirtiéndola en el punto central de un oscuro carrusel en el que espectrales figuras la miraban atentamente,

escondidas bajo ropajes desgastados y antifaces -*««Enfermedad»» ««Estás enferma»»* -susurraban mientras se burlaban de su desgracia aumentando su velocidad hasta formar un borrón sin sentido en donde solo permanecieron:

Dos Personas.

Un lugar.

Una sola palabra repetida en ecos.

««Tus padres»» ««tu hogar»» ««tu nombre»»

Todo desapareció tan rápido como había aparecido permitiéndole, aún desorientada, ponerse en pie de nuevo y seguir avanzando. Luego de unos minutos en los que el panorama desolador empeoraba a cada paso que daba, se detuvo cuando llegó a las orillas del rio Aqueronte

««¡¿Qué clase de criatura está frente a mi?!»»

"Guarda aquellas aguas y aquellos ríos el horrible barquero cuya suciedad espanta…el mismo maneja su negra barca con un garfio, dispone velas y transporta a los muertos en ella" (3) una voz desconocida surgió desde el fondo de su mente, permitiéndole saber quién era la sombría personificación que se encontraba mirándola bajo un antifaz y cubierto con un manto antiguo.

Caronte, el barquero; quien desde tiempos inmemoriales había transportado a las almas que llegaban de la tierra a cambio de monedas de plata, se balanceaba impasible de pie en su barca, al ritmo del movimiento del agua que lucía aún más oscura que el cielo mismo y que dejaba ver formas aparentemente humanas retorciéndose sin cesar por debajo de la superficie.

-No luces como las almas que llegan aquí ¿Has caído viva a este lugar, acaso? ¿Quién eres? Dime tu nombre, niña.

««¿Soy una niña? ¿soy un ser humano o un alma errante? ¡¿Qué soy ahora?! »» se preguntó, mientras aquel fantasmal espectro seguía observándola con sus ojos negros.

-Estoy tan perdida que no logro saber quién soy… solo sé que he sido condenada a mi propio infierno personal. Que he venido aquí a cumplir con un destino que ya estaba escrito.

- ¿Y qué es lo que quieres? Los que son como tú pertenecen a los Campos Elíseos, no al meikai. Hay inocencia en tus ojos, bondad en tu aura.

-Salir de aquí. Escapar de esta pesadilla.

Ignorando las órdenes del dios rey del inframundo, quien había establecido la regla de que nadie podría pasar aquellas traicioneras aguas sin pagar el precio, el espectro decidió llevarla a salvo al otro lado de aquel rio que sólo Caronte conocía y que sólo él podía cruzar, sin que aquellos atrapados bajo sus aguas lo atraparan y lo hundiesen en la profundidad; en donde aquellos que no pudieron pagar con monedas de plata, clamaban por salir de su castigo.

- Quiero decirte que solo un par de almas han podido cruzar sin darme algo a cambio, pero el can que protege este lugar; aquella monstruosidad ctónica: Cerbero, no tendrá compasión de ti, si te vuelves débil, él te devorará, ya que a partir de aquí irás sola… Debo advertirte una última cosa, al llegar a los campos verdes de la región del Erebo, donde está el rio Lete, no bebas de éste último; pues está escrito que quien lo haga olvidará todo su pasado, quien fue y lo que era. Sería tu perdición absoluta. Ahora sube ese pico, podrás ver el inframundo completo; de esa manera podrás escoger un camino.

Ella logró, con dificultad, llegar a la cima que había señalado el barquero antes de marcharse como sombra silenciosa. Lesionando la piel de sus palmas y rasgando su pantalón a la altura de las rodillas, producto de las caídas que resultaron de su camino a la cima, ascendió hasta lo más alto y una vez allí, como le había dicho Caronte, podía apreciar los nueve círculos del infierno.

Cada uno de ellos, encendidos en fuego ardiente, proyectaba partes de su vida.

El más lejano, aun en medio de humo grisáceo, le permitió verse a sí misma siendo una bebé; el tiempo en el que era feliz aún sin saberlo. Podía ver a sus padres rebosantes de dicha por tenerla, por haberla encontrado; podía verse alegre, inocente e ingenua, mientras años más tarde dejaba pasos hundidos en la arena caliente de una playa perteneciente al lugar que la había visto nacer.

El anillo inesperadamente perdió luz permitiendo que tomara vida el siguiente más cercano. De nuevo apareció ante ella su infancia, pero esta vez la que estaba marcada por un hecho que jamás olvidaría.

Un golpe seco.

Un momento inesperado.

Quedaría este grabado a fuego en su memoria. El inicio de su propio fin, aquel que la había llevado hasta ese lugar triste y lúgubre; el inicio de una enfermedad mortífera.

Esta sucesión de imágenes consecutivas parecía avanzar más despacio que las anteriores; a cada paso parecía sentir de nuevo aquel dolor agonizante y envolvente que tuvo en los peores momentos.

Un dolor que la consumía día tras día y que se volvió parte de ella, que se tornó en parte de su piel.

Se vio a sí misma recibiendo el golpe fatídico que lo había iniciado todo.

Bajando la vista en busca del origen de ese incesante dolor, vio de nuevo cómo una de sus piernas se deformaba irremediablemente, inflamándose, tirando de su piel, debilitando sus huesos y dejándolos débiles como cristal fragmentado, que sólo espera un ligero golpe para quebrarse por completo en cualquier momento y en mil pedazos, sintiendo de nuevo, en todas sus terminaciones nerviosas, cada momento desesperante.

Siguió su camino por aquellas sendas entrecruzadas que conformaban el reino de Hades hasta que, como había dicho Caronte, se topó de frente con el perro de tres cabezas guardián del infierno. Tres pares de ojos y un sinfín de colmillos dentro de tres bocas ansiosas, apuntaban en su dirección, sin embargo, aquella bestia mitológica solo parecía mirarla cautelosa.

Esos ojos amarillentos sedientos de sangre, comenzaron a reducir su agresividad como si estuvieran observando en ella una presencia que ya conocía, alguien semejante, de pronto, tres gigantescas cabezas se inclinaron a sus pies, cerrando sus ojos y llegando al suelo bajo estas.

««¿He sido en mí vida una bestia como esta? »» «« ¿soy una mala persona que devora a otros en su camino sin importar qué ?»»

La criatura estaba al pie de una gran construcción rectangular con numerosas columnas talladas a lo largo de toda su extensión con figuras esculpidas atrapadas dentro de una forma triangular que tenía sus cimientos en las columnas. Avanzó a través de las escaleras que guiaban a unas gigantescas puertas dobles donde empujándolas, se encontró de pies en medio de un gran salón que tenía otra gran escalera dentro que ascendía hasta un antiguo mueble con un martillo de la justicia apoyado en este.

«« Este lugar se asemeja al Partenón »»

- ¡¿Quién eres tú?! ¡¿y porque no has ido a juicio todavía?! - inquirió una voz gruesa y amenazante. Su portador salió de su escondite tras una de las enormes columnas interiores y ella pudo ver quien se trataba. Éaco, hijo de Zeus y Egina, uno de los tres jueces del mundo de los muertos se encontraba frente a ella- ¡Contéstame, niña!

-No sé quién soy todavía, señor.

-Dame la mano derecha; la mano que pones sobre tu corazón en un juramento- aquel juez se acercó a ella intimidándola con su presencia, pero, aun así, hizo lo que se le había ordenado.

Al sentir el firme toque abrasador de la mano de Éaco, estallaron detrás de sus parpados las imágenes que habían tenido una aterradora transformación, adelantando un año completo de su vida entre otro vórtice imparable de recuerdos, y ahora éstas le mostraban como dejó sin mirar atrás su lugar de origen para ir en busca de una nueva oportunidad para seguir viviendo en una ciudad en la que el sol se escondía tras las nubes la mayoría del tiempo.

El conocido aroma del líquido antiséptico del hospital que se había convertido repentinamente en su segundo hogar, invadió sus fosas nasales y todo su cuerpo regresó a estar yaciendo en una cama hospitalaria ante su incapacidad de caminar.

Su pecho volvió a quemarse con el roce constante de un delgado cilindro que penetraba su costado para llevar fuera de su cuerpo aquel líquido que llenaba sus pulmones impidiendo el paso del oxígeno vital, mientras era huésped, cuarenta y cinco días de una unidad especializada sin probar bocado alguno. La comida empeoraría su situación. Era alimentada por un catéter en su cuello que pasaba una sustancia amarillenta* que tenía como misión compensar la falta de alimentos. De repente, como si aun estuviese de pie en aquel elevado pico, siguió observando los círculos.

En esa ocasión el circulo protagonista, mostraba la forma en la que el fémur de su pierna, que se supone debía ser firme, se fracturaba, se astillaba una y otra vez, como el ciclo sin fin de la vida y la muerte, ante el más mínimo movimiento. Ese mismo círculo proyectó su cuerpo afectado por la desnutrición, debilitado e infectado con una bacteria mortal que corría por sus venas.

Se coló en sus oídos aquel ««bip»» ««bip»» ««bip»» sonido constante emitido por la máquina que controlaba sus constantes vitales y que permanecía a su lado, un sonido que en su momento le fue tan familiar como el latido de su propio corazón, pero este le recordaba que estaba viva, aunque a veces, el pensamiento de que ya no valía la pena hacerlo,

la invadía.

En un momento dado, no podía moverse en lo absoluto, no como lo había hecho anteriormente; algo dentro de sí misma se lo impedía. Su cuerpo no obedecía las órdenes que enviaba su centro de mando y tenía la sensación de que pesadas cadenas la retenían en un mismo sitio, llegando hasta su propia alma.

Aquella horrible sensación de pesadez, aquella incapacidad de moverse se debía a un simple hecho: se encontraba en coma.

Sin embargo, escuchaba la voz de su padre viajando a través de su mente como un murmullo lejano cuando pacientemente leía las páginas de un libro que había escogido especialmente para ella y que ya se tornaban amarillentas; mientras apretando su mano, hablaba sobre ángeles y la maravilla de la vida. Desgraciadamente, ella era incapaz de responder ni agradecer; lo escuchaba, pero no podía darle ningún signo de que así era. Las palabras de su padre rebotaban infinitamente en las paredes de la habitación sin surtir mayor efecto, eran una señal trasmitida perdida en el espacio, que no llegaba a ningún lugar; porque al otro lado solo había ausencia.

-Estás viva- inquirió el hombre que la sujetaba, devolviendo su pensamiento a la corte – no es posible…has caído viva al Tártaro.

-No digas incoherencias, Éacos- espetó una voz a la espalda de la chica – en la historia de este mundo de sufrimiento solo cinco personas han logrado tal hazaña. Héroes y semidioses, no simples humanos- recitó la voz y ella giró sobre si misma para ver a su dueño. Radamantis, hermano del rey Minos, hermanastro de Éacos, y juez del infierno encargado de las almas de los orientales que morían, la miraba fijamente.

-Esta pobre alma no ha muerto, se ha deslizado desde la superficie en el Monte de Yomotsu estando viva, lo he visto en sus recuerdos…no podemos juzgarla, Radamantis.

-Yo decidiré eso- en un movimiento fugaz y cruel apretó las sienes de la chica entre su pulgar y su dedo corazón haciéndola volver, aun de pie en ese punto del averno, a esa sensación de calidez al despertar luego de una desesperanzada semana; aunque las primeras horas luego de eso, no quedaron registradas en su memoria. Miraba ausente a quien se acercaba a su cama, viendo sin observar en realidad, sin reconocer aquellos rostros que había visto toda su vida, sin saber quién era ella misma. Además, su propio cerebro aún afectado, se burlaba de su mente consciente, la hacía alucinar, causando que ante sus ojos se presentaran formas e imágenes, colores y sonidos que en realidad no estaban allí. Sólo eran producto de

su estado desorientado

El tiempo avanzó una vez más, deteniéndose justo en el momento en el que se sentía totalmente destruida como un cuadro expuesto a ácidos corrosivos que habían desgastado su color, deformándolo y dejándolo sin posibilidad de volver a su forma original. Se asfixiaba cada vez más sintiéndose incapaz de resistir otro día en esa vida que llevaba cuando la amputación de una de sus piernas parecía inminente. Y así, cuando un nuevo día había empezado, y el sol se colaba fácilmente por las persianas de su habitación, de nuevo otra rutina extenuante había comenzado, un nuevo día sin sentido había empezado y lo único que su ser deseaba era que el sol se escondiera, dándole paso a la noche nuevamente para dormitar y perderse en el infinito e indoloroso mundo de los sueños…

Una enfermera ante su incapacidad de lidiar con su propio cuerpo y veinticuatro píldoras al día, mantenían la última unidad vital que tenía, pero ese día en particular era distinto, ese día acabaría todo.

Su boca se llenó de aquel asqueroso sabor metálico de la mezcla de medicamentos calmantes con la que quiso terminar con su vida; con el sufrimiento que acarreaba ésta y con las consecuencias que traería seguir viviendo, pero un cambio repentino en los planes del cielo, impidió que sus planes salieran como ella lo deseaba.

-Trataste de terminar con tu vida ¡¿crees que mereces una segunda oportunidad?! - Radamantis soltó sus sienes liberándola de ese cruel agarre, causando que diera un par de tumbos desatinados hacia atrás.

-Fue el peor error de mi existencia, yo…

-Tal vez por eso estás aquí. Debemos juzgarte por jugar con tu propio destino…Minos deberá decidir qué hacer contigo; él tiene siempre la última palabra en éste, el tribunal del inframundo- cuando terminó de hablar, el hermano de éste; antiguo rey de Creta y quien había encargado a Dédalo construir el legendario laberinto para encerrar al producto del pecado de su esposa, apareció frente a los otros.

-Éacos dice que no debes ser juzgada, Radamantis por el otro lado piensa que eres merecedora de una condena…dame tu mano, pequeña. Yo decidiré tu destino.

Minos logró entrar en la mente de la chica viendo sus pensamientos presentes.

««Ese fue el mayor error de mi vida»»

««Nunca, nunca, debió ser una opción»»

««Lo último que se pierde es la esperanza»»

««Miro siempre hacia adelante»»

El juez percibió inmediatamente aquella brillante esperanza arraigada en el corazón de ella; esperanza que había perdido en algún momento del camino, pero aún con pocas posibilidades de volver a ser la misma, parecía brotar nuevamente en ese ambiente hostil; como una flor creciendo por un agujero de una placa de concreto, sobreviviendo a todo. La esperanza de que la vida podía continuar sin importar lo malo, sin importar todo lo que había perdido, regresó a ella, nació un nuevo color en su vida; un amarillo brillante que significaba renacer en vez de dolor.

Aquel recorrido llevó a Minos a ver la templanza de la joven alma que tenía entre sus manos, la perenne sonrisa con la que enfrentaba su enfermedad. Cómo se levantaba una y otra vez y de cómo resistió a todo lo que se le avecinó, a pesar de tener, en ese momento, menos de quince inviernos en la tierra, y tal vez se debía- pensó el hombre- a que siempre sonreía, pese a que durante los últimos años de su vida estuvo constante y peligrosamente oscilando entre la vida y la muerte, pese a que muchas veces se creía incapaz interiormente de lograrlo, decía y gritaba al resto del mundo orgullosamente que era capaz de salir adelante.

Vio esa unión con su familia infinitesimalmente pequeña en comparación con otras cosas, pero fuerte, resistente como la gran muralla China. Esta unión con sus padres había significado el mundo para ella, y aún en la actualidad lo seguía significando. Su núcleo familiar, unido, gratificante, y sincero, la había mantenido con vida.

««Su padre»»

Había sido tan fuerte como los titanes del antiguo Olimpo. En su tiempo perdía su fuerza interior siendo absorbida por un agujero gigante dentro de sí mismo, dejándolo vacío, pero siempre lo superaba con la actitud positiva que lo caracterizaba, lo que le llevaba a decir a quien preguntaba por su hija, que ella se encontraba bien siempre. Actitud que ella había heredado.

««Su madre»»

Una mujer fuerte como roble y bella como ninfa, había soportado muchísimo más que ella misma, tuvo que soportar su propia cruz; más

aún la de su hija y manteniéndose anclada en su posición como las raíces de un antiguo árbol en la tierra.

A continuación, vio la silueta de su primera prótesis de pierna; sintió como la vergüenza la consumía, pero pronto decidió que era parte de su vida, y que no había motivos para sentirse mal. Vio cómo dejó atrás esa vergüenza y mostró orgullosamente su prótesis al mundo que anteriormente creía que la rechazaría.

««Soy diferente; algo muy hermoso me hace diferente»» ««Tengo una bella historia que muchos no pueden contar»» «« sobreviví a trece cirugías reconstructivas»» ««vuelvo a respirar, vuelvo a tener esperanza»»

-Justo como Perseo, cortaste la cabeza de aquella Medusa que amenazaba tu vida y has salido victoriosa- murmuró Minos trayendo a la chica de vuelta a la corte- he tomado una decisión, pero antes debo preguntarte algo. ¿Ya sabes quién eres, pequeña?- ella asintió con firmeza, pero antes de poder responder, todo el escenario comenzó a perder forma desvaneciéndose por completo. Los tres jueces del inframundo se desfiguraron y la corte entera se derrumbó.

-¡María Alejandra! ¡Despiértate, mujer! - exclamó una de las amigas de la chica mirándola divertida, mientras la sacudía levemente para lograr traerla de vuelta a su aula de clases- la lección de cálculo acabó…y, por cierto, deberías dejar de leer tantos mitos griegos; estuviste balbuceando cosas muy raras sobre hades y unos tipos con nombres raros- expresó riendo- ¿estás bien?

-Si, estoy bien Tat. No te preocupes, pero creo que cuando llegue a casa voy a escribir un cuento.

Recordando su vida parecía haber encontrado su destino. Increíblemente su sueño le había mostrado su camino recorrido y uno que valía la pena seguir, sonriente abrazó sus libros, estiró la falda de su uniforme y junto a su mejor amiga, fue a su siguiente asignatura académica; entendiendo a la perfección el significado de su sueño: su subconsciente había plasmado lo que en su momento sintió; atada, perdida, sola, juzgándose a sí misma sin saber quién era en realidad. ¿Qué traía el futuro consigo? Nadie lo sabía, pero estaba segura de poder superar cualquier obstáculo de ahí en adelante con fe y esperanza, aceptando aquellas cicatrices que adornan su piel, con unas palabras repitiéndose en su mente.

Todas esas noches a solas, temiendo ver mis miedos al reflejarme en el espejo y encontrando una manera de mostrarle al mundo que todo lo que soy y lo que seré, nunca desaparecerá. Las cicatrices de mis batallas pasadas, son un vivo recordatorio de lo que me ha traído hasta este lugar

¡aquí algo maravilloso ha iniciado! ¡aquí viene una sacudida en mi vida!

Con respecto al lugar lóbrego que ambientó su sueño; entendió que solo fue una proyección de donde se sintió atada en su pasado; puesto que estamos donde creemos como dice la cita "4Yo me creo en el infierno, luego, estoy en él", pero logró escapar de las garras de la muerte, salir erguida, con la frente en alto, a enfrentar a la vida en la segunda oportunidad que se le había otorgado. [i]

-------00-------

[i]1 El gran libro de la mitología griega.

Generalmente el Hades era representado como un dominio lóbrego en algún lugar lejano debajo de la tierra, y se podía llegar hasta él a través de alguna de las profundas grietas que hay entre los estratos de las rocas de Grecia, katabothra como las llamaban en griego.

2 Dante Alighieri- La divina comedia, Inferno.

3 Virgilio, Eneida VI (297-303)

3Arthur Rimbaud-Una temporada en el infierno

¡Muchas gracias por darme la oportunidad de mostrarte mi historia, por darme parte de tu tiempo para leerme! tengo mucho que aprender aún, y cualquier consejo o crítica constructiva, la recibiré con mucho guato para mejorar.

Una vez más, gracias por tu tiempo.

Maleja.